EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS

por Alberto S. Insúa

autor de «UNA GOTA DE SANGRE EN LA BLANCURA DE TU PIEL (I)», «LA HORA DEL DESQUITE» y «CRIMEN POR MISERICORDIA»

Se trata de un profesional discreto eficaz... Cumple su tarea a conciencia y sólo reclama su paga después de realizado el trabajo... Su discreción es impecable... ¡Y no es amigo de violencias y sangre si no es en situaciones extremas !

Cada mañana, muy temprano, el asesino de la sección de anuncios por palabras sale de su casa y se encamina con paso rápido a la parada de autobús que ha de conducirle al centro de la ciudad. Llegado a su destino pasea, mezclado con la multitud, y cuando sabe que nadie le observa ni es capaz de reconocerle, se acerca a un kiosco, compra un diario, y se aleja con él bajo el brazo. Deambulará todavía algo más hasta que se decida a abrirlo, y despreciando los grandes titulares y las páginas de noticias, se concentrará en la sección de anuncios por palabras. Tanto si encuentra lo que busca como si no, abandonará el periódico en una papelera, y comprará en el próximo kiosco un periódico distinto, que ha de correr la misma suerte, hasta completar la serie de todos los que se publican en la ciudad e incluyen entre sus páginas una sección de anuncios por palabras, que sólo él sabe interpretar.

Los anuncios no son siempre iguales, pero él los reconoce enseguida. No ha sido fácil conseguir que sus posibles clientes conozcan su existencia y la forma de establecer contacto. «El que no anuncia no triunfa» reza una vieja máxima comercial. Después de cometer su primer crimen y el más difícil de quedar impune, pues contaba con un móvil personal bien evidente, pensó en seguir matando para ganarse la vida. Pero, ¿cómo anunciar sus servicios? Cavilando, encontró una forma indirecta en combinación con una revista sensacionalista de gran tirada. Un anónimo bien pergueñado, firmado por «un hampón arrepentido», saltó a las páginas estivales entre algunas más serpientes de verano con grandes titulares: Un negocio repugnante, el de la muerte; Asesinos a sueldo; El Hampa mata por encargo; Un puñado de billetes por la vida de un hombre, etc. El reportaje incluía todo lujo de detalles e incluso modelos de anuncios.

La policía no tomó en consideración el artículo por dos razones: ninguna organización de ese tipo había sido detectada, y proviniendo la información de quien provenía no parecía fiable; pero en cambio hubo personas en cuyo cerebro quedó marcada la noticia, e hizo germinar en él una idea: que un ser humano, cercano a ellos, podía morir con el mínimo riesgo y el máximo beneficio.

Fue bien entrado el otoño cuando el asesino descubrió, perdido entre otros muchos, un anuncio que podía

estarle dirigido. Utilizó para el contacto el mismo método que usa ahora ante un anuncio similar.

Es una persona de gran memoria visual. Antes de tirar el diario su cerebro toma nota de un número de

teléfono y lo va repitiendo de forma obsesiva mientras se aleja. Andará muchas calles hasta encontrar una

cabina aislada, y sus manos ágiles, calzadas con guantes de finísimo cuero, introducirán las monedas, descolgarán el receptor y marcarán en el disco las cifras memorizadas. Esperará hasta escuchar la voz de su posible cliente, y la suya, neutra e irreconocible, musitará apenas un par de docenas de palabras.

—He leído su anuncio. Soy la persona que busca. Mi tarifa es… (y aquí señalará una cifra no excesivamente abultada que varía de año en año con la inflación). Sólo necesito el nombre de la persona y su dirección. Piénselo. Volveré a llamar dentro de una hora.

Sin esperar respuesta colgará. Luego se alejará rápidamente. El ferrocarril subterráneo le llevará al otro extremo de la ciudad. En una nueva cabina repetirá la llamada. Pueden suceder dos cosas: que se haya equivocado al valorar el anuncio, o que, efectivamente, el cliente demandaba sus servicios. En el primer caso, una voz sorprendida pedirá, inútilmente, explicaciones; recibiendo por toda réplica el corte de la comunicación. En el segundo, la respuesta llegará lacónica:

—De acuerdo se trata de…

Dando lugar a una réplica también concisa:

—Prepare el dinero. Tendrá noticias mías dentro de una semana.

Ese plazo de tiempo le permitirá localizar a la persona señalada y preparar su trabajo. Una tercera llamada fijará el día y la hora. Aunque eso es competencia del cliente, él da todo tipo de facilidades para que se cubra las espaldas y prepare una coartada perfecta.

Puntualmente, realiza el encargo. No le gustan las violencias excesivas ni la efusión de sangre, aunque a veces resulte inevitable. En general, prefiere actuar de forma que el resultado simule ser un hecho accidental.

Efectuado el trabajo, nunca antes, cobra sus emolumentos en metálico. El procedimiento de recibir el dinero suele ser complejo. Unas veces son paquetes abandonados, otras, carteras que cambian de mano en el metro, el autobús, en la aglomeración de unos grandes almacenes, o en plena calle. Su habilidad ha hecho posible el que, hasta ahora, en ninguna de estas transacciones, sus clientes hayan podido identificarle. Cobrar después tiene sus razones. Con un crimen de por medio, sólo un loco sería capaz de avisar a la policía, ya que eso equivaldría a delatarse; y es impensable una celada; ningún policía ordenaría un crimen para luego detener al asesino. Un último dato: su sentido profesional le impide recurrir al chantaje. Una vez que el cliente ha pagado, y ninguno —por la cuenta que le trae— deja de pagar, no volverá a tener jamás noticias suyas.

* * *

La anciana señora asciende renqueante a la inmóvil cabina del teleférico y trata de instalarse lo más cómodamente posible en su interior. Sonríe. Esta aventura la ilusiona, como si fuera una colegiala. Su cara se ensombrece un momento pensando en la

posibilidad del mareo. Tonterías, no tiene por qué marearse. Han sido muy amables echando en su buzón de correos una invitación para un viaje de ida y vuelta. De no ser por eso es seguro que a ella ni se le hubiera ocurrido y se habría perdido la emoción de sobrevolar la ciudad, y contemplar su panorámica aérea. Desde luego que viajar gratis añade un aliciente más a la aventura. No es que ella sea roñosa, eso no, pero no se debe gastar dinero en cosas superfluas. Claro, que la juventud es otra cosa. Por ejemplo su sobrina Violeta. Gasta demasiado. A ella le resulta violento negarle dinero cuando se lo pide, pero tiene que comprenderla. Es su forma de ser. A fin de cuentas, todo será suyo, llegado su momento. Es lástima que esté de viaje y no pueda acompañarla en su bautismo aéreo. Bueno, tomará el té en la cafetería de la terminal, y al regresar el espectáculo será distinto. Habrá anochecido y verá las luces nocturnas de la ciudad.

La cabina se pone en marcha. Sola y nerviosa la anciana señora siente de repente un cierto vacío en el estómago. Pasa bastante tiempo hasta que se atreve a mirar hacia abajo.

La anciana señora está de nuevo en la cabina, dispuesta a iniciar el viaje de vuelta. Está contenta. La merienda no ha sido cara y no se ha mareado. Como esperaba, ya ha anochecido. La puerta de la cabina se abre. Una figura cubierta con una abrigo oscuro, sombrero, bufanda, guantes y gafas negras se instala frente a ella. Bueno, va a tener compañía. Sonríe a su oponente, y éste le devuelve el saludo con una inclinación de cabeza. La cabina se ha puesto en marcha. Toma la curva de salida y lentamente comienza a alejarse del andén.

La anciana levanta la cabeza y sonríe de nuevo, un segundo antes de que la mano enguantada golpee su sien con una media rellena de arena. Al caer al suelo su estrafalario sombrero se separa de la cabeza. Sin apresuramiento, las manos enguantadas manipulan con una llave maestra el mecanismo de cierre. La puerta de la cabina se abre, y a las manos, eligiendo el momento preciso, empujan el cuerpo caído que se precipita en el vacío. El sombrero de la anciana señora sigue inmediatamente el mismo camino. Luego la puerta se cierra con un chasquido.

* * *

El clic de la llave resuena en la penumbra del apartamento vacío, y la puerta se abre sin ruido, para cerrarse una segundo después. El cono de luz de una linterna recorre la habitación a media altura. Pasos quedos cruzan el salón, entran en el dormitorio, y avanzan hasta el cuarto de baño. Luego emprenden el camino de vuelta.

Mientras el baño se llena inundando el ambiente de nubes de vapor la joven muchacha reflexiona. Ha tomado una decisión y la va a mantener. Si ese imbécil se cree que puede abandonarla está listo. Ya se lo dijo el otro día muy claramente. Las cosas tienen un precio. Si quiere tranquilidad la tendrá, pero le va a salir bastante cara. Ella no tiene nada que perder y puede montar un escándalo de campeonato. ¡Habráse visto el muy cabrito!

La bañera está casi llena. La joven muchacha cierra los grifos y se quita el camisón, dejándolo caer sobre la alfombra. Ya dentro del baño, y entre la espuma, cierra los ojos con deleite. El horror hace que los abra de nuevo. Unas manos fuertes calzadas con guantes de goma, presionan su cabeza y la hunden en el agua, bajo la espuma, mientras el aire de sus pulmones asciende formando burbujas que se unen a las del jabón. Todavía tiene fuerzas para sacar una vez la cabeza del agua; pero las manos fuertes del asesino presionan hundiéndola de nuevo. Sus manos se crispan, aferrándose a los brazos criminales. Luego se sueltan y caen, sumergiéndose en el agua.

La presión de las manos calzadas con guantes de goma continúa todavía algún tiempo. Cuando finalmente sueltan, la cabeza de la muchacha sube a la superficie, con los ojos abiertos y fijos. Una de las toallas sirve para secar el par de guantes de goma que es sustituido por otro de cuero negro. Luego, la puerta del baño se cierra lentamente.

* * *

Solo en casa, el hombre de negocios medita preocupado. Está claro que ha habido un desfalco y que el responsable ha sido su socio. Después de la conversación del otro día, la cosa no tiene duda. Mañana mismo formulará la oportuna denuncia. Sorbe su whisky y mira el reloj. Es tarde. Cuando acabe la copa se irá a la cama.

El ascensor sube rápido hasta la planta sexta. Unos pies calzados con zapatos de gruesa suela de goma comienzan a descender silenciosamente las escaleras.

Dos plantas más abajo, una mano enguantada suavemente el timbre de una de las puertas. La luz de la escalera está apagada, y así permanece hasta que la puerta se abre y la claridad procedente del interior del apartamento transforma la oscuridad en penumbra.

El hombre de negocios, sorprendido al no ver a nadie, avanza unos pasos. En ese momento, una sombra oscura, que ha esperado agazapada en el quicio de la puerta continua, golpea su cabeza con la media rellena de arena.

El hombre de negocios trastabilla; y su atacante tiene tiempo de sujetarle antes de que se desplome. Luego, arrastra el cuerpo hasta la puerta del ascensor y lo deposita en el suelo. Las manos enguantadas desbloquean el mecanismo de cierre con una llave maestra y abren la puerta; el pie derecho del asesino evita que vuelva a cerrarse, mientras sus manos arrastran un poco más el cuerpo caído, y lo precipita por el hueco del ascensor. Hay un ruido sordo y luego el débil sonido de las puertas que se cierran: la del ascensor, y la del apartamento ahora vacío. Luego los grandes zapatones de suela de goma comienzan a descender en silencio las escaleras. Un par de minutos más tarde, el ascensor comienza su retorno hasta la planta baja.

* * *

El señor Parodi bebe su último sorbo de café y sonríe a su esposa.

—Bueno, me marcho. Por cierto, mañana salgo de viaje. Sólo dos días.

Nélida arruga el gesto.

—Ya sabes que no me gusta quedarme sola.

—Ya lo sé. Pero el negocio obliga. Tengo que ver a unos proveedores. No te enfades, a fin de cuentas el dinero es tuyo. Yo sólo velo por tus intereses.

Hay una cierta sorna en sus últimas palabras que Nélida advierte. Va a replicar, pero se contiene.

Han pasado un par de horas desde la marcha de su marido, y Nélida sale al jardín. Sufre un síndrome que afecta de forma notable a las mujeres ricas y ociosas: se aburre, y decide, por tanto, cortar unas rosas para adornar el salón.

Una voz juvenil hace que levante la cabeza. Silvia, su joven vecina, está sentada a caballo sobre la tapia de separación.

—¡Hola, Nélida! ¿Qué haces?

—No hago nada, y por lo que veo, tu tampoco.

—Tendría que estar estudiando, pero me aburro. Por cierto, el otro día llevabas un vestido nuevo. ¡Un sueño!

—A tu disposición. Un día si quieres entras y te lo pruebas, y si te está bien te lo presto.

—¿Lo dices en serio?

Una voz ronca llega autoritaria desde el fondo del jardín contiguo.

—¡Silvia! ¡Ven inmediatamente!

Silvia replica de mala gana.
—¡Voy mamá! ¡Adiós Nélida! Ya seguiremos hablando.
Silvia se deja caer sobre la hierba del jardín. Entra corriendo en la casa.
Su madre, la viuda Martín, espera muy enfadada.
—No sé cuántas veces voy a tener que decirte que no quiero que pases al chalet de al lado. ¿No tenías que estudiar?
—Sí, mamá, pero verás, Nélida tiene un traje nuevo y…
—¡Eso son tonterías! Eres una cría y te pasas el día pensando en trapos…
Continúa hablando, pero Silvia ya no la escucha. Está acostumbrada a las filípicas de su madre y piensa que es un ser insoportable. Que bien hizo su padre muriendo en aquel accidente. El tampoco podía soportarla, con su autoritarismo y su pinta hombruna, con esos pies y esas manos gigantescas, esos hombros cuadrados, y esa falta total de feminidad. Es una suerte que se pase los días y algunas noches fuera de casa.
Nélida está tumbada en la cama; leyendo, pero incapaz de concentrarse en la lectura. De vez en cuando levanta la cabeza y se ve reflejada en el espejo del tocador, donde se amontonan los cosméticos, los frascos de perfume y un pequeño maniquí soporta su peluca rubia. Es posible que su marido la llame por teléfono. A veces lo hace cuando está de viaje. Y como atendiendo a sus deseos escucha un timbrazo y descuelga inmediatamente el receptor. Pero no se trata del señor Parodi. Nélida escucha atenta, con expresión preocupada, contestando con monosílabos: Sí, claro; enseguida, no te preocupes… Cuelga y se queda un momento dudando. Luego marca el número de la casa de al lado.
—¿Silvia? Soy Nélida. ¿Podrías hacerme un favor?
Es realmente complicado atentar la vida de una persona que no sale de su casa. Embutido en su impermeable negro, con sus grandes zapatones de suela de goma y sus finos guantes de cuero, el asesino mira desde la acera el rectángulo de luz del dormitorio de Nélida. Por primera vez desde hace tiempo está inquieto y piensa que las cosas pueden desarrollarse de forma inconveniente. Pero tiene que cumplir con su encargo. Entrará en la casa y la matará. Luego, dispondrá todo para que parezca un robo. No hay otra solución. Abre con una ganzúa la puerta del jardín. No importa que queden señales, al contrario, puede ser conveniente. Sus pies calzados con gruesos zapatos de suela de goma cruzan el jardín sin ruido. Es suerte que no tengan perro.
Ha bordeado la casa, y fuerza ahora la cerradura de la puerta trasera, que da acceso a la cocina. Allí, elige entre el juego de cuchillos que cuelga de un panel el que considera más manejable. Sin ruido abre la puerta y entra en el salón comedor. Lentamente lo cruza y sale al hall, deteniéndose al pie de las escaleras. Escruta el silencio que llega de la planta superior. Luego, sus pies comienzan a subir la escalera, deteniéndose ante el más pequeño chasquido…
En el dormitorio, frente al espejo, el lápiz de labios completa la obra del maquillaje, y las manos, abandonando la barra de carmín ajustan la rubia peluca rizada, y luego bajan para alisar los pliegues del vestido de fiesta.
Lentamente, sin ruido, la puerta se abre lo suficiente para que una sombra oscura se deslice en el interior de la habitación. La penumbra impide que su imagen se refleje en el espejo. Sólo hay un destello de luz en la hoja brillante del cuchillo, firmemente sujeto por la mano enguantada; cuando el arma corta el aire y se hunde con rapidez en el cuerpo vuelto de espaldas.
Sólo un gemido ahogado precede al desplomarse del cuerpo sobre la alfombra. Al caer, la peluca se desprende de la cabeza y una larga melena rubia se extiende por el suelo.
El asesino retrocede ahogando una exclamación. Se adelanta de nuevo, y sus manos enguantadas dan rápidamente la vuelta al cuerpo caído, para comprobar con horror que ha matado a Silvia, a su hija, que está ahí, con la cara embadurnada de maquillaje y los ojos fijos para siempre.
—¿Silvia? Soy Nélida. ¿Podrías hacerme un favor? Tengo que salir y estoy esperando la llamada de mi marido. ¿Te importaría venir un momento a casa? No creo que tu madre se

enfade. ¿Ha salido? No te olvides de dejarle una nota. Es mi sobrina, ¿sabes?, se ha puesto enferma y tengo que llevarla al sanatorio. No sé, supongo que apendicitis…

La viuda Martin se ha abrazado al cadáver y así continúa incluso cuando Nélida la descubre, y cuando llega después la policía. Es posible que piense en las cosas que tiene que hacer una viuda para mantener y educar una hija decentemente.